



BOLETÍN INFORMATIVO N° 33

ASOCIACION ANTIGUOS ALUMNOS DEL SEMINARIO DE ALMERIA

Agosto de 2015 - Boletín n° 33

SALUTACIÓN Y ACTIVIDADES

Queridos compañeros y amigos: Con alegría, como siempre que tenemos la oportunidad de comunicarnos, os enviamos el Boletín número 33, con las aportaciones de los socios que agradecemos y algunas noticias que pueden interesarnos.

Os animamos a escribir muchos artículos para el próximo, que será el número 34, que os enviaremos si Dios quiere antes de la Asamblea anual, (28-12-2015).

Hemos mantenido otra reunión con el Rector del Seminario D. Juan Antonio Moya, le entregamos nuestra aportación anual, para ayuda a los seminaristas, como cada año, mostrándonos su agradecimiento y haciéndolo extensivo a todos los socios. Puso a nuestra disposición el álbum de fotografías que estamos escaneando, para completar el magnífico trabajo que nos está montando el compañero Antonio Oliver.

Continuamos con la gestión de conseguir una sede para la asociación que nos permita custodiar y archivar la documentación y también celebrar las reuniones, hasta ahora nos reunimos en el despacho de Antonio Rodríguez Sáez, que nos trata de lujo. GRACIAS ANTONIO por tu generosidad y atenciones.

En los últimos meses lamentablemente han fallecido algunos compañeros y familiares de otros, ante el temor de que la relación esté incompleta, hemos pensado dar la noticia lo más completa posible en el próximo boletín. La Eucaristía del 28 de Diciembre próximo la ofreceremos por todos ellos y por todos los fallecidos anteriormente.

Ya tenemos fecha y lugar para nuestra próxima PEREGRINACION. El lugar EL SANTUARIO DE LA VIRGEN DEL SALIENTE, la fecha será Dm., el SABADO día 12 de Septiembre, podemos ir acompañados de nuestras familias y saldremos en autocar de la Rambla (PUERTA DE LA SALLE), a las 08,30 horas de la mañana. Si alguno desea viajar en su vehículo, rogamos nos lo comunique a los efectos de encargar el Menú, que no nos falte comida.

Igualmente quienes deseen incorporarse al autocar en el camino, nos lo contáis y os recogemos.

Os animamos a que vengáis todos los que os sea posible, las experiencias anteriores han sido muy hermosas y lo hemos pasado muy bien.

Los interesados lo podréis comunicar a los siguientes teléfonos:

- Salvador Martínez Pérez 637 81 61 11
- Antonio Camacho Úbeda 603 81 52 88
- Antonio Rodríguez Sáez 606 41 93 37
- José Luis Aguilar Gallart 629 65 51 40

Un fuerte abrazo

La Junta directiva

ANDRÉS PARRA, EN MI RECUERDO

Como venía ocurriendo en los últimos años, volvimos a echar de menos a Andrés en la reunión de la Asociación del 28 de diciembre pasado. Paco Arriaga, Antonio Camacho, Manolo Vique y yo estuvimos hablando y haciendo planes para poder vernos con él en el 2015, sin saber que ya no lo volveríamos a ver más. Unos días más tarde, Loli, su mujer, me comunicó la triste noticia. ¡Qué difícil es encontrar las palabras adecuadas para expresar los sentimientos que surgen ante la desaparición de un amigo!

Conocí a Andrés en 1964, en el Seminario de Cuevas del Almanzora, haciendo 1º de Latín y, ya en el Seminario de Almería, compartimos curso hasta 4º, momento en el que yo abandoné el Seminario. En esos años, lo que prevaleció en mi relación con él y con los demás compañeros, fue la vivencia de diversas experiencias compartidas (académicas, religiosas, lúdicas...), en un período clave de nuestras vidas, y esto creó como un tejido de recuerdos que nos mantuvo unidos emocionalmente en la memoria.

En 1974 volvimos a coincidir en Madrid, pues los dos habíamos elegido estudiar Psicología; lo reconocí enseguida porque lo identifiqué con aquel muchacho que yo había dejado en el Seminario: inquieto, observador, formal y, aunque no nos tratamos mucho porque estábamos en grupos de clase diferentes, lo vi muy ilusionado con lo que estaba haciendo. Cuando terminamos los estudios dejamos de vernos, pues él se quedó en Madrid para comenzar su carrera docente universitaria en la UNED, que continuó en Valencia, y yo me vine a Almería donde inicié la mía. Los dos habíamos elegido hacer Psicología con el objetivo de ayudar a los demás (¿tendrá algo que ver con nuestro paso por el Seminario?), y la Psicología Clínica era la especialidad adecuada para esta tarea. Sin embargo, las circunstancias mandan y cambian los objetivos originales por otros más realistas, y en aquel momento la realidad nos encauzó a los dos al ámbito universitario. Andrés, según confesión suya, tuvo la profesión adecuada para él, trabajó en lo que le gustaba y en la Universidad de Valencia, primero como Profesor Titular y luego como Catedrático de Psicobiología, desempeñó una brillante labor docente e investigadora que le valió el reconocimiento de sus alumnos y de la comunidad científica.



En el 2004 acudió por primera vez a la reunión anual de la Asociación en el Seminario de Almería, y no pasó desapercibido porque, nada más llegar, se fue presentando a los que no lo conocían, nos saludó a los de su curso y, tras ponernos rápidamente al día, se puso a hacer fotos a todos y a todo; se le veía muy contento y motivado para disfrutar de lo que estaba viviendo, y hasta tal punto era así que, como él mismo escribió en el Boletín nº 10 de la Asociación con el título “Emociones buscan poeta”, ese día se lleva a Valencia “mucho más que un puñado de fotos: se lleva un nudo encantador en lo más hondo de sus emociones”. Después volvió dos veces más, ya en el Seminario de Aguadulce, a seguir disfrutando del trato de sus antiguos amigos.

En la comida de la última reunión a la que acudió, en el 2011, nos dijo lo de su enfermedad, que era incurable y que estaba en tratamiento. A los que estábamos con él nos dejó sin saber qué decir, sin embargo él estaba muy natural, con esa sonrisa característica suya, dándonos la impresión de que su situación la estaba afrontando con serenidad y entereza. A partir de ese día no volví a verlo y nuestras comunicaciones fueron a través del correo electrónico y alguna conversación por teléfono. En ellas siempre lo percibí con buen ánimo, nunca se quejó de su enfermedad, decía que tenía buena calidad de vida y que disfrutaba el día a día lo que podía. Solo se lamentaba de que sus hijos estuviesen lejos -estaban fuera de España-, por eso no quería perderse ni un momento de los días que pasaba con ellos, y sobre todo con su nieto Telmo, al que dedicó sus memorias en un libro que tituló: “Autorretrato para Telmo”. También disfrutaba, aunque no todo lo que deseaba, con sus amigos de la Asociación, de los que decía que tenía “hambre de trato”, y estaba muy agradecido porque le alimentábamos “la mezcla de ficción y realidad que impulsaba su vida”. Su sentido de la responsabilidad y su deseo de estar con nosotros, le llevó incluso a pedirme que lo disculpara ante los compañeros por no poder asistir a la reunión anual (porque esos días sus hijos estaban con él), pero se mostró dispuesto a verse con los del curso en otro momento.

Al escribir estas líneas me he dado cuenta de que mis encuentros con Andrés tuvieron lugar en años que terminaban en 4, parece como si este número tuviese algo especial. De hecho, en el 2014, hubo dos proyectos de vernos con algunos compañeros de curso que finalmente no

prosperaron, pero ha sido en ese año cuando más abiertamente me he comunicado con él, y a través de sus conversaciones y de la lectura del libro que escribió para su nieto, he tenido la oportunidad de conocerlo un poco más y comprobar que Andrés era un ser muy agradecido por la suerte de haber tenido una familia formidable en todas las generaciones; apasionado con su trabajo docente e investigador, ya que le permitía satisfacer su curiosidad por saber y conocer sobre lo que le rodeaba, sobre todo de las personas; cultivador de la amistad a la que consideraba el modo de provocar y al mismo tiempo obtener “sentimientos positivos a fondo perdido”; vitalista, decía que “la vida merece ser vivida aunque solo sea para contemplarla”; en definitiva, una gran persona.

Volveremos a echar de menos a Andrés en la próxima reunión de la Asociación y yo también echaré de menos sus mensajes que desprendían una gran humanidad, pero siempre estará presente en nuestro recuerdo.

Eduardo Justo Martínez

PORQUE...?

Nos plantea nuestro primer “traidor” declarado, tres preguntas que no tienen fácil respuesta porque, al menos, ésta puede ser, lo es, compleja, múltiple y, en último término, incompleta. Voy a aceptar el reto y a aventurar algunas líneas de reflexión sobre cada una de ellas.

A la primera, que todos nos hemos planteado en algún momento, yo respondería:

- Porque, por distintas y variadas razones, su estancia en el Seminario la vivieron negativamente.
- Porque se vieron obligados a llevar a cabo prácticas que chocaban con sus convicciones.
- Porque se sintieron injustamente tratados, incluso por sus propios compañeros.
- Porque salieron “empachados” y/o defraudados de todo lo referente a la religión.
- Porque una enorme timidez, difícilmente superable en algunos casos, impide tomar contacto con compañeros a los que hace décadas que no se ven.
- Por la evolución, de cada cual, posterior a la salida del Seminario, tanto desde el punto de vista personal (creencias incluidas) como profesional y familiar.
- Porque no todo el mundo se ha enterado de que existimos.

Estoy convencido de que muchos estarían encantados de venir pero necesitan que alguien les dé un empujoncito, como me pasó a mí.

Mis aportaciones a *la segunda pregunta* son más difíciles porque se trata de hacer juicios de valor y lo más fácil es equivocarse. Voy a intentar aplicarme a mí mismo el cuento ya que he tenido cargo de responsabilidad.

Si bien es cierto que no soy capaz de juzgarme a mí mismo y menos a los demás, también lo es que la práctica de la autocrítica debe de estar presente no sólo en nuestro ámbito personal sino también en el eclesial y en el de la colectividad civil.

De los mensajes que más claramente asumí en mis estudios teológicos destaca la auténtica realidad de que la Iglesia es Santa y pecadora. Por consiguiente, sus miembros, sin exclusión alguna, también lo somos. ¿Qué significa esto? Que somos enormemente imperfectos, que tenemos nuestras limitaciones, nuestros prejuicios, nuestras equivocaciones, nuestras rarezas...

Yo me he equivocado en el ejercicio del cargo de director de colegio y eso que he tenido siempre presente que estaba haciendo un servicio público, puntual y limitado en el tiempo, que iba a ser relevado por otra u otro compañero y que, al final, el “barco” seguiría, afortunadamente, su rumbo sin mí.

Resumiendo, todos, tripulación y viajeros, somos usuarios de la misma nave, que no es exclusiva de nadie porque es de todos. Por ello, debemos compartir sus medios e instalaciones cuidando, naturalmente, de las mismas, con el mayor celo y cariño posibles, como no podría ser de otra manera en personas civilizadas.

Mi respuesta a la tercera pregunta es negar la mayor, No creo que todos nos hayamos sentido culpables de no haber llegado a la meta. Es más, tampoco hubiera sido deseable llegar todos a la *misma* meta. Me explico. Esos lugares a los que hemos llegado se hubieran quedado sin nuestra aportación, valiosa, en gran parte, por nuestro paso por el Seminario de Almería. Vuelvo a personalizar. Me acuerdo de que el Rector de San Tarsicio de Cuevas, que me conocía bastante bien, siendo yo sólo un niño y en un único año escolar, cuando muchos años después le informé en Granada, en donde era párroco, que iba a dejar el Seminario no sólo me comprendió perfectamente sino que me dio a entender que era lo mejor que podía hacer. Quizás vería en mí posibilidades de ser mejor o peor cristiano pero en absoluto un buen cura, porque conocía perfectamente mi manera de ser.

No perdamos de vista que algunos compañeros, por distintas razones, salieron del Seminario porque fueron “invitados” a ello. No creo que tengan conciencia de haber fallado a ningún ideal vocacional sino todo lo contrario.

Traidores, en absoluto. Somos gente de carne y hueso, con nuestras virtudes y nuestros defectos, nuestras alegrías y nuestras penas, nuestras fortunas y nuestros infortunios. Es lo que, somos, querido compañero, a Dios gracias.

Termino repitiendo la afirmación que hice en el primer encuentro al que asistí en la carretera de Níjar, en *nuestra auténtica casa*, la que veo tranquilamente sentado desde mi mesa de trabajo: “Somos lo que somos porque fuimos lo que fuimos”.

Un abrazo a todos.

Manuel Vique Moreno

21 de agosto de 2014, festividad de San Pío X, Papa

PARRA GUERRERO, ANDRÉS (R.I.P.)

Estos días pasados estuve un rato acompañando a Javi, hijo menor de nuestro desaparecido amigo Andrés, y hablando de su padre. Loli, su madre, no estaba porque se encontraba, creo que me dijo, en Bristol visitando a su otro hijo, que le ha dado una segunda nieta a Andrés, por poco tiempo no la ha podido conocer.

Quizá no todos sepáis que Andrés publicó recientemente un pequeño libro titulado *Autorretrato para Telmo*. Telmo es su primer nieto, hermano de la recién nacida. El título ya lo dice todo. Andrés le escribe su autorretrato, a modo de memorias, no formales en el sentido estricto de la palabra. Le escribe una semblanza de su vida a un nieto de apenas unos meses (ya sabía que la enfermedad no le dejaría mucha vida que vivir). Así que os podéis figurar el contenido y la forma. No por ello es ñoño, sino, reitero, entrañable. Tiene poco más de cien páginas que se leen del tirón. Si tuviera que calificar la obra con una sola palabra, elegiría el adjetivo entrañable.

Todo esto lo digo por si alguien lo quiere leer. Es una autoedición que se vende por medio de Amazon.es, lógicamente muy económica.

En el capítulo dedicado al Seminario aparece un subtítulo *El carro de Salustiano*; fácilmente imagináis el asunto. En una nota a pie de página dice que cuando escribió su colaboración en *El Seminario de Almería. Vivencias y recuerdos*, también escribió este recuerdo de Salustiano con intención de publicarlo en algún boletín de la Asociación, pero, dadas las circunstancias, pudo llevar a cabo su intención. Ahora, en una posterior conversación con Loli, le he pedido permiso para publicarlo en el próximo boletín de la Asociación.

Así que a continuación os lo transcribo al pie de la letra, (salvo error u omisión involuntaria). Es mi intención que sea un sentido recuerdo póstumo de nuestra parte a nuestro amigo y compañero Andrés Parra Guerrero.

Pedro José Martínez Caparrós

Valencia, Junio de 2015.

EL CARRO DE SALUSTIANO

El campo de fútbol estaba detrás del seminario, quedaba alejado de, y paralelo a, la puerta principal. Estaba dispuesto de Este a Oeste, una orientación mala para jugar partidos mañaneros o tardíos porque, en cualquiera de los casos, uno de los dos equipos se encandila. Tras la tapia situada detrás de la portería del Oeste había una huerta. Los balones chutados con fuerza y sin puntería acababan entre las hortalizas. Para recuperar el balón había que atravesar una pequeña puerta en la tapia. Eso que parece una tarea sencilla lo realizaba el que había lanzado el balón a las papas, que era como llamábamos a lanzar el balón fuera del campo. En la huerta no había papas todo el año, es imposible que las hubiera, pero mandar el balón fuera del campo, incluso en direcciones donde no había huerta, era para nosotros mandar el balón a las papas.

Los malos futbolistas, especialmente si eran fuertes, eran los que más balones mandaban a las papas. Yo no era fuerte pero sí falto de puntería, así que ir a por el balón, sin ser el que más veces lo hacía, es verdad que me resultaba familiar. La puerta en la tapia era un rectángulo, vertical claro está, pero no llegaba al suelo, así que había que saltar, a modo de portal, un gran obstáculo. Una vez en la huerta no era fácil encontrar el balón, pues el color gris del cuero desgastado a patadas se confundía con el color de la tierra. Recuerdo, en el camino hacia el balón y de vuelta con él en las manos, unas plantas de patatas muy verdes, muy sanas; si conscientes, hubieran estado muy contestas de ser patatas. La tierra de la huerta era pedregosa y había en ella restos de basura. Emplear basura para abonar la tierra es algo normal pero la basura que se empleaba allí era especial; estaba sin fermentar y se podían reconocer trozos de lo que antes había sido comida para personas: que si un huesecillo por aquí, que si una cáscara de melón por allá. Volver al campo con el balón era un alivio porque continuaba el juego y porque te alejabas de la cáscara de melón medio descompuesta.

En el lado norte de la huerta había una casa que miraba al Sur, la casa de Salustiano. Este era un hombre de unos sesenta años, con poco pelo y el humo de muchos cigarrillos incrustado en los dedos de las manos, quizás en todo el cuerpo. La piel de la cara era más débil de lo que había sido años atrás, por eso se podía ver a través de ella unos pómulos sonrosados por la sangre que acudía en exceso y que se resistía a abandonar el lugar. El trabajo duro en la huerta, y quién sabe en qué lugares más, había hecho de Salustiano un hombre endurecido; si lo mirabas tenías que pensar que se ganaba y se había ganado siempre la vida con el esfuerzo de su cuerpo, pero ya tenía una edad en la que los signos de vigor se habían mezclado con la debilidad de la vejez.

Tenía Salustiano un carro en el que transportaba, desde la puerta del seminario hasta su casa, los desperdicios de nuestra comida. Imagino que esos desperdicios podían contribuir a alimentar a algún animal pero de lo que estoy seguro es que muchos acababan siendo abono en la huerta. Así, algo de aquel abono llegaba a formar parte, ahora como materia limpia y saludable, de las patatas del balón. Si las patatas aquellas acababan en nuestra mesa no lo sé, pero para el presente relato me viene bien pensar que las patatas cultivadas por Salustiano terminaban en la cocina del seminario donde se preparaba nuestra comida. Después también posemos pensar que la monda de esas patatas volvía a la huerta como abono, que este abono servía para abonar otras plantas de patata, o remolacha, o lo que fuera, y que ese nuevo fruto de la tierra llegaba a nuestra mesa y así sucesivamente podría funcionar un circuito que se asemejaba al ciclo de la vida en que un mismo átomo de carbono fuera parte de diversos compuestos, que en unos momentos son seres vivos y en otros solo materia orgánica.

Recuerdo el carro de Salustiano parado delante de la puerta principal del seminario, en la cima plana que separaba las rampas de llegada y salida de la entrada para coches. La burra que tiraba del carro era una burra experimentada. Aquel animal esperaba pacientemente a que Salustiano entrara y saliera del edificio del seminario, cargara el carro, conversara con el portero e hiciera todo lo que tenía que hacer, pero la burra sin estar atada a ningún sitio, solo con las órdenes verbales de su amo, sabía esperarlo con paciencia. Siempre he sido receloso de la idea de que los perros, u otros animales, entienden el lenguaje humano. Eso no me lo creo, pero la burra de Salustiano es una excepción, estoy seguro de que sabía lo que le decía su amo. Es más, pienso que hablaban en el camino a casa. Al menos Salustiano hablaba a la burra y esta lo entendía. Los dos sabían que su contribución al ciclo de la vida era fundamental, que sin ellos el ciclo patata – monda – abono – patata no era posible. Eso les hacía sentirse bien. No es para menos. Eran agentes importantes en el ciclo de la vida.

Como no soy Salustiano, ni tengo burra, ni carro, ni planto patatas en la huerta, he tenido que buscar sus equivalencias. Cuando las traigo a la memoria me siento bien.

Al finalizar el último año de Enseñanza Secundaria abandoné el seminario.

DIA DEL SEMINARIO

Como todos los años, llegado este día, Señor, siempre me acuerdo del maravilloso y fructífero tiempo que estuve en aquella bendita casa de Almería.

Nunca te daré suficientes gracias por tanto beneficio, de todo tipo, como me proporcionaste al encauzar mis pasos hacia el Seminario.

Gracias, Señor, por la formación espiritual conseguida. Si no hubiera ido al seminario no hubiera alcanzado una mínima vida espiritual. En el pueblo no habría tenido la ocasión, con toda probabilidad, de haberte conocido tan profundamente, allí quién me habría hablado de ti. Miro a mis paisanos coetáneos, veo su pobreza espiritual y me doy cuenta de la gran suerte que tuve al escuchar tu llamada. Claro que esto me lleva a tener que darte cuentas del aprovechamiento de este don y a veces pienso que no he sido lo suficientemente generoso al devolverte mi entrega; espero que, como padre y amigo que eres, no me juzgues muy severamente porque con toda seguridad no alcanzaré aquel cien por cien que exigías por tus talentos entregados.

Gracias, Señor, por la educación, formación, principios y valores adquiridos en aquellos años de mi paso por el seminario. Qué orgulloso estoy de lo aprendido en los siete años más fructíferos de mi vida. Adquirí una sólida base en la que fundamentar mi futura vida: educación en el sentido más amplio de la palabra; formación intelectual; principios y valores éticos, morales y sociales; espíritu de sacrificio, pero no el sacrificio por el sacrificio sino para doblegar la mala voluntad; saber priorizar; haber adquirido el valor del orden no solo material, sino intelectual y el ser metódico en la actuación.

Todo ello, Señor, fue gracias a que pusiste a mi servicio una serie de personas que se volcaron, dentro de lo que eran aquellos tiempos y de la preparación que ellos tenían, en enseñarme a ser un ser íntegro. Fueron muy generosos y desprendidos en favor nuestro; sacrificados hasta el máximo y sin reserva personal; ejemplarizantes con su vida.

Gracias, Señor, por la pléyade de amigos que aún conservo desde entonces. Amigos de verdad, en los que puedo confiar sin miedo a ser traicionado, a los que puedo pedir consejo o los favores necesarios, amigos generosos y entregados. Amistad que el tiempo la ha convertido en fraternidad.

Gracias, Señor, por todo lo dicho y lo pasado por alto para no hacer una lista interminable.

Perdón, Señor, por haber fracasado en el intento, por no haber correspondido a tu generosidad. Perdón, Señor, perdón.

Trino Gómez Ruiz

